

Aonikenk, pueblo de gigantes



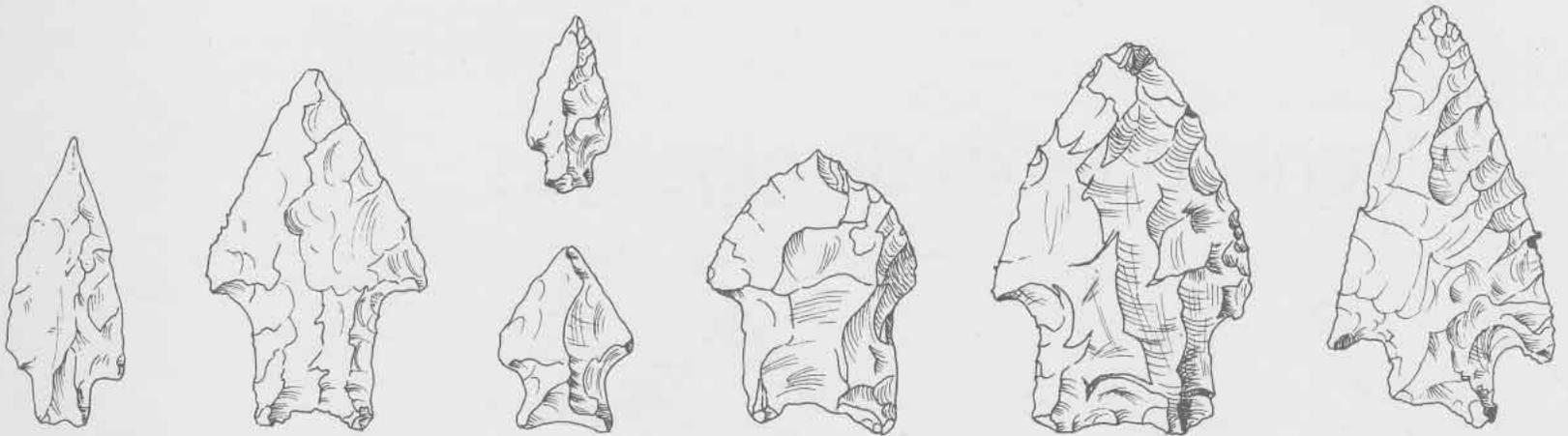
Flecheros *aonikenk* en una cacería de caiques (boceto).

El viejo jefe arengó con elocuencia desde lo alto de la pequeña colina. Cuarenta cazadores lo escuchaban atentos. El helado vendaval rasante no era tan fuerte como sus sabias palabras antes de la partida, recordando que *Kóoch*, Dios que mora en lo alto, les será propicio pues El ha hecho todas las cosas y está pendiente de sus creaturas.

A poco caminar, tras los lomajes, el campo estaba moteado de tropillas de guanacos y ñandúes (*Pterocnemia pennata*). Los ojeadores ya lo habían reconocido todo con las primeras luces del alba. Hasta habían visto pumas (*Felis concolor*). Las mujeres recién terminaban de empacar las pieles cosidas y las varas de los *kau* donde habían pernoctado. Ahora a ellas y a los niños capaces de caminar les correspondería una valiosa participación. La tribu vibra con el discurso. Días de caminata, hambre y frío. El otoño está despidiéndose con las primeras lluvias y nevazones. Los últimos animales ya abandonaron las tierras altas, buscando invernadas. Los humanos tras ellos.

Los hombres más ágiles, libres de carga, darán una prolongada vuelta hasta coronar las colinas del lado sur del valle. Las mujeres, los niños, los enfermos y los ancianos se distribuirán en las del lado norte hasta formar un gran cerco humano en las onduladas alturas. Los mejores cazadores se emplazarán cerrando el paso donde comienza el cañadón. Son unos 130 individuos en total, así que en el momento en que el cacique, oculto en el cerrillo más alto, vea que cada cual está en su sitio, a unos trescientos pasos unos de otros, dará la orden.

Parten a grandes pasos los flecheros. Largos años de experiencia, miles de correrías similares desde su infancia, indican al cacique el momento en que el resto debe ir situándose. Continúa el viento helado raspando los coironales amarillentos,



Puntas de flecha *aonikenk* (tamaño natural).
Punta delgada y Gringos Duros, Magallanes.

manchados aquí y allá de blanquísima nieve. Las huellas de las chalas de cuero señalan los rumbos de los caminantes. No hay árboles ni rocas que interrumpen la inmensidad del horizonte. Atentos a la mano levantada del cacique, la señal se transmite en un instante por el círculo. Entonces todos avanzan, primero lentamente, agachados. Al borde de la pendiente que baja, las mujeres se detienen sacando sus yesqueros y encienden las matas próximas de coirón. Por los otros sectores del cerco los hombres dejan en tierra sus capas y van, de a dos, eligiendo sus posibles presas. Unos llevan anudada al cuello una piel de ñandú; alrededor del cintillo de cuero que les circunda la cabeza, han colocado largas plumas de la misma ave. Aún los ñandúes no han caído en la cuenta de la estratagema. Otros se escudan en un guanaco joven, que han aguachado desde pequeño. Más allá van quienes se cubren totalmente con pieles de guanacos adultos.

Las tropillas se inquietan con la humareda vecina y buscan por donde alejarse en sentido contrario. Rápidamente el cerco se estrecha. La gritería general aturde a las desprevenidas víctimas y los perros terminan por desconcertar toda fuga ordenada. Unos con boleadoras, otros con arcos y flechas, todos, veloces, irrumpen sobre las manadas. En el desconcierto de los espantados animales, los cazadores van asegurando cada pieza reventando las cabezas de los mamíferos y de las aves que aletean desesperadas.

La cacería, conducida con maestría, ha dado excelentes resultados. Cerca está *Kímiri Aike*, donde pernoctarán antes de instalar el campamento de invierno en el voladero costino. Vaciadas las vísceras usando cuchillos de piedra y despedazados algunos animales para aliviar la carga, continúa la caravana de caminantes. El silencio de la larga fila va tenso de satisfacción.

Al atardecer del día siguiente arriban los primeros al vallecito defendido de las tempestades por colinas circundantes, donde pasarán el invierno. Abundante *laa*, agua, en el chorrillo que serpentea por el vientre del cañadón. Allí se abren las colinas hacia el Estrecho de Magallanes. En sus costas podrán recoger mariscos y encontrar varados diversos animales marinos.

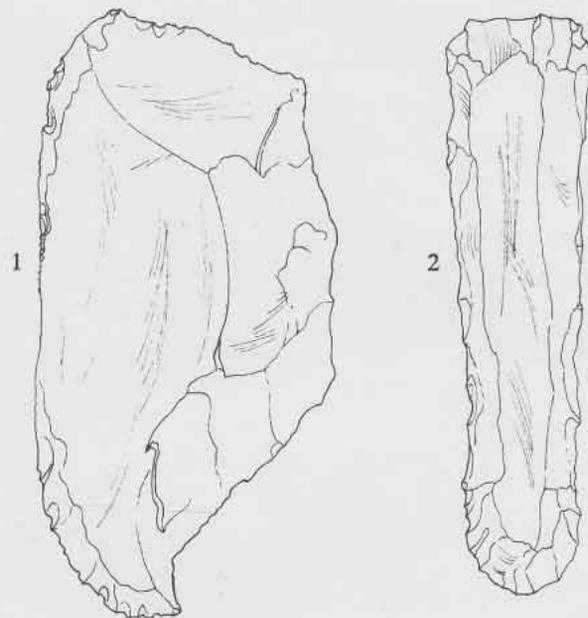
Se desatan los grandes rollos de cuero de guanaco y los haces de estacas trabajosamente arrastrados por las mujeres. En círculo se clavan las toscas varas y del lado de donde viene el viento se colocan los cueros; la carne y los enseres cuelgan en su interior. Cada *kau* albergará una, dos o aún más familias generalmente monógamas. Quince o veinte *kau* son levantados con rapidez por mujeres y hombres. Bulle el campamento. La tierra hollada por años sucesivos de ocupación, está cubierta por restos óseos de antiguos festines, conchas vacías y desechos de flechas y útiles de piedra y cuero. Una nueva temporada aumentará el basural.

Se suceden las jornadas apacibles y aquellas en que día y noche tormentas de nieve, lluvia y viento, hacen imposible la búsqueda de carne. El fuego, *iáik*, arde constante al centro del *kau*, o fuera cuando el tiempo lo permite. Las mujeres esta-

Lámina XIV
Hombre *aonikenk* (ilustración inconclusa).



1 Cuchillo de piedra *aonikenk* (tamaño natural). San Gregorio, Magallanes.
2 Artefacto lítico (tamaño natural). Punta Delgada, Magallanes.



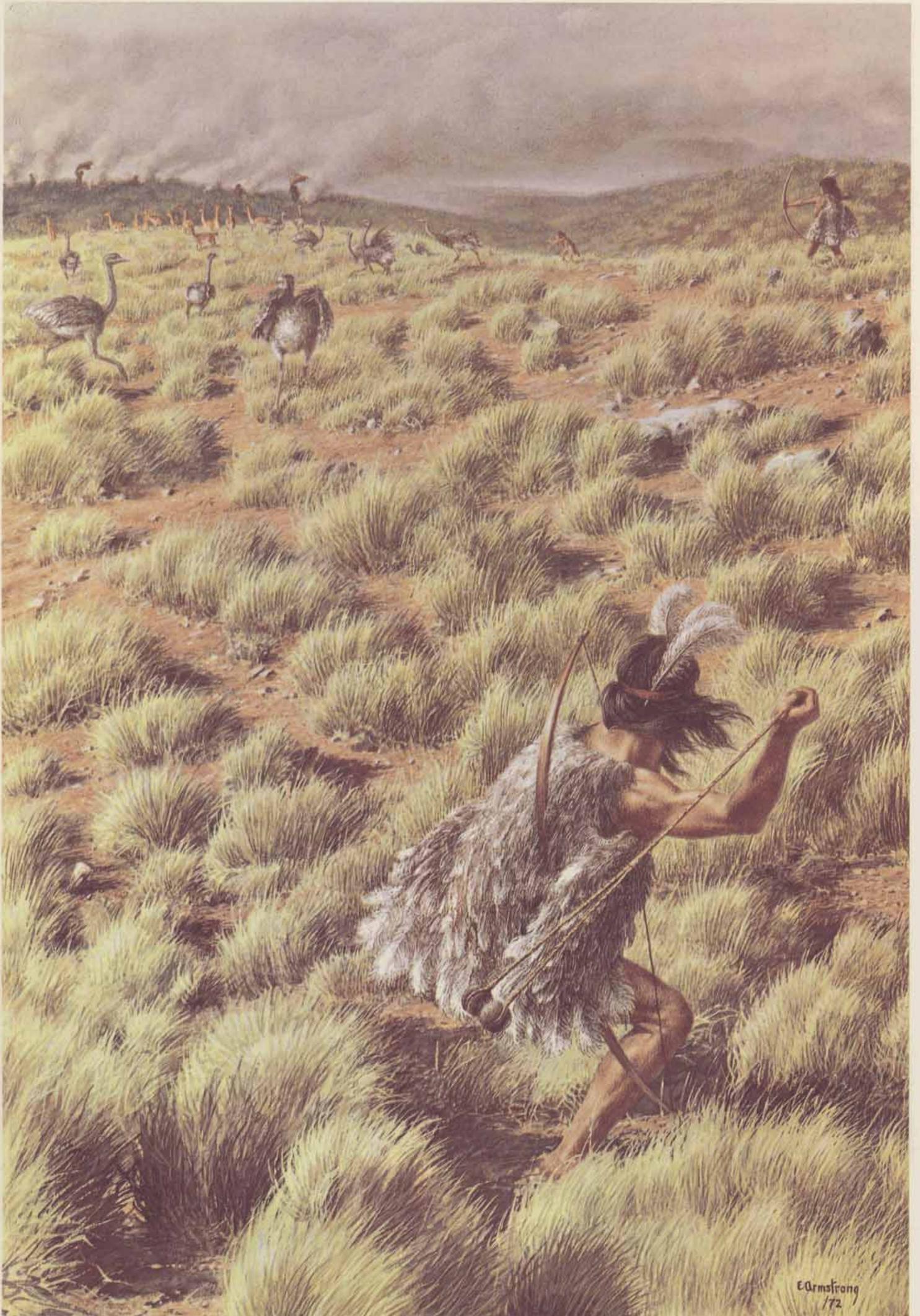


Lámina XV

Cacería de ñandúes y guanacos según acostumbraban los pueblos *aonikenk*. Los hombres atacaban con flechas y boleadoras; el resto de la tribu desconcertaba a las víctimas con fogatas, gritos y perros.

Diversos tipos de bolas de piedra usadas por los *aonikenk* para sus boleadoras (tamaño natural). Gringos Duros y Punta Delgada, Magallanes.

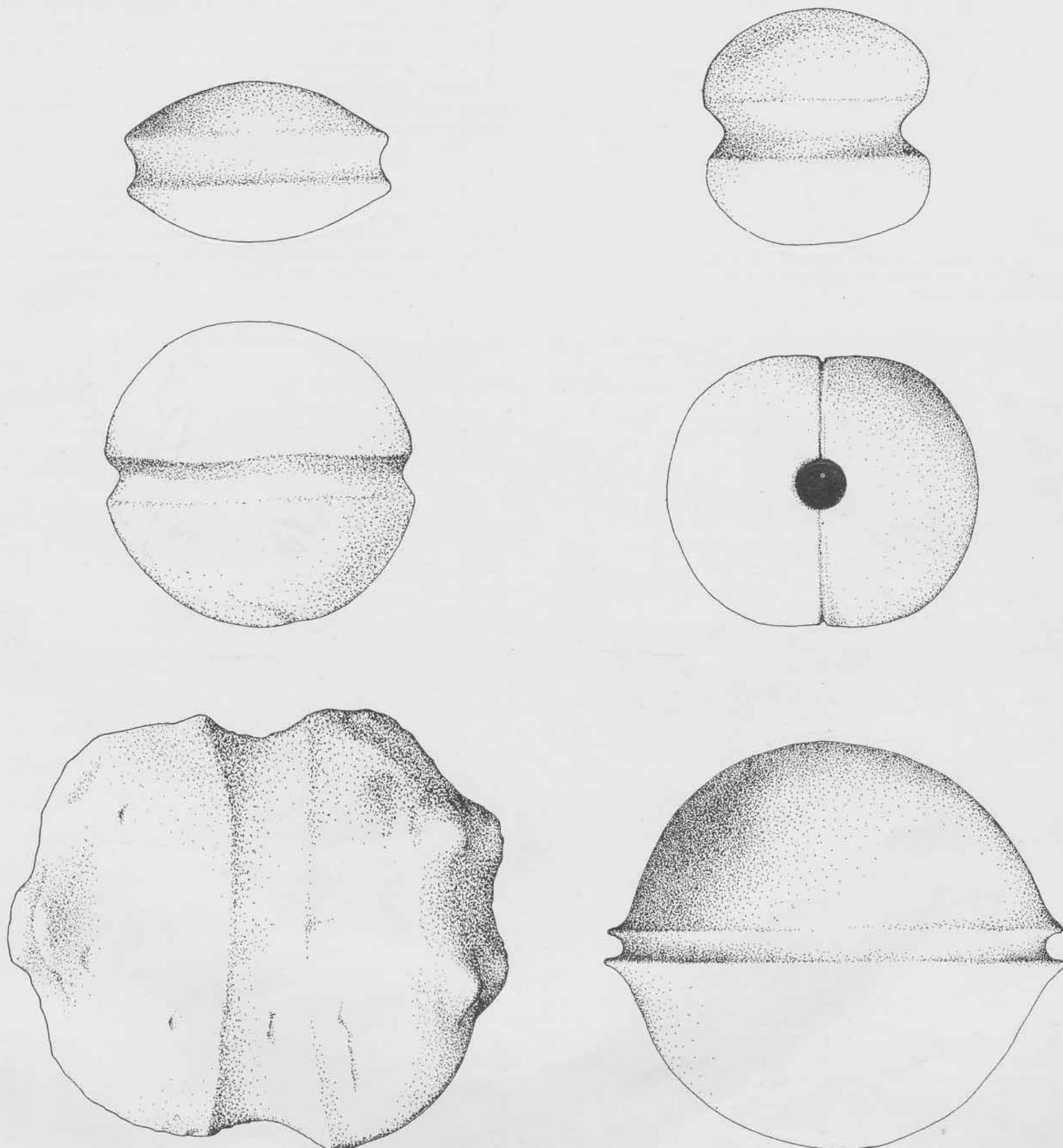


Lámina XVI
Escena familiar en un tolderío *aonikenk*. Las viviendas, *kau*, eran construidas con varas y grandes pieles de guanaco.

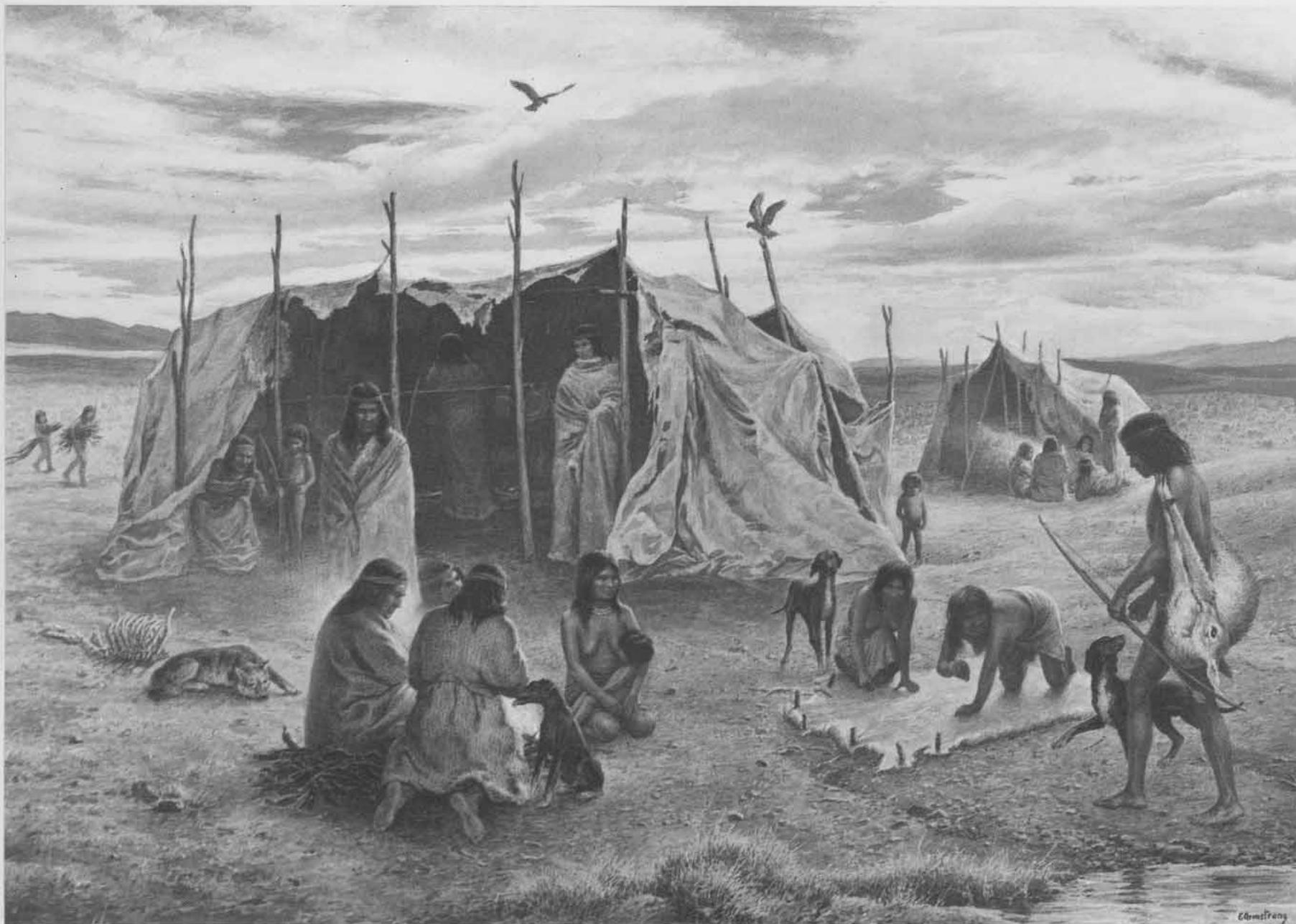
can los cueros en tierra para que el aire los seque. Con raspadores de piedra les quitan la grasa.

Hombres y mujeres van vestidos de solemnes capas de pieles de zorro, gato montés o guanaco, que llegan casi hasta el suelo; los pelos hacia adentro, el exterior ornamentado con finas grecas, puntos y líneas negras, amarillas y rojas. En invierno calzan chalas de cuero, pero en los meses de calor suelen caminar a pie desnudo.

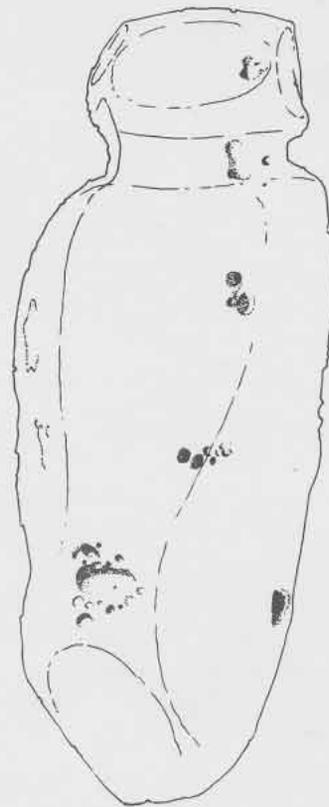
Cintillos de cuero pintados de rojo sujetan los largos cabellos. Taparrabos de piel los varones, un delantal de suave cuero las mujeres. Estas son muy altas y fornidas, de 1.68 m. como promedio; en numerosas la estatura es superior al metro setenta y cinco. Los hombres sobrepasan normalmente el metro ochenta. Algunos, gigantescos, se empinan más allá de los dos metros. Recios y atléticos, las cabezas voluminosas y macizas, muestran anchos rostros de tez y ojos oscuros.

Unos salen en busca de roedores. Otros recorren los campos vecinos y lejanos, disparando sus flechas a las aves que abundan en los pastizales y lagunas. En especial caiquenes, patos, flamencos y cisnes. Las bandadas acostumbran volar a poca altura. Espantadas por los más jóvenes, los cazadores ocultos en las pasadas las abaten al vuelo con sus rápidas flechas.

La caza se reparte llevándose el cazador las mejores presas, pero nadie en la tribu queda sin su pedazo. Los cazadores



Objeto *aonikenk* elaborado en piedra volcánica (tamaño reducido). Cañadón Grande, Magallanes.



solitarios o en tránsito son acogidos solidariamente. Jamás un forastero deja de ser cobijado ni se le pregunta cuándo partirá. Eso sí, deberá ser solícito en buscar leña, ayudar en la caza, prestar cualquier apoyo.

Las carnes grasosas son las más solicitadas; los sesos y la médula de los huesos son los manjares más apetecidos. A veces el corazón, los riñones y parte de los intestinos se comen crudos, pero es el asado sobre brasas la forma constante de preparación de los alimentos.

Las armas, reducidas a un arco corto y fuerte y a flechas de punta de piedra de largo pedúnculo, fabricadas de cuarzo, cuarcita o basalto, que transportan en un carcaj de cuero, se completan con lanzas arrojadas de punta de piedra y diversos tipos de boleadoras. Estas son esferas de piedra pulida de tres a diez centímetros de diámetro; llevan una acanaladura que las circunda. Allí se afianza una tira de cuero que, retorcida y de largo poco mayor de un metro, permite hacerla girar sobre la cabeza imprimiéndole velocidad. Es lanzada con gran precisión a la cabeza de los animales mayores cuando están cerca, para rematarlos. Más frecuente es el empleo de tres bolas similarmente confeccionadas, ceñidas fuertemente a los extremos de tres lazos de cuero retorcido unidos entre sí como tres ramales. Agarrando la bola más pequeña hacían girar el conjunto, lanzándolo con gran fuerza y puntería a los cuerpos de los animales en fuga. Tocados por cualquier piedra, los ramales se enlazaban a cuellos y patas como tentáculos, trabando completamente a las víctimas. A veces empleaban un largo tiento con sólo dos bolas en sus extremos y al centro una huincha, con la que borneaban el conjunto.

Desconocían la cestería y, al igual que los otros pueblos australes, la cerámica. *Elél*, héroe antepasado, les había enseñado a los *aonikenk* la confección de sus armas y el secreto del fuego. Era la creencia que se transmitía de padres a hijos y que se recordaba en las fiestas de la pubertad de las jóvenes, junto con la veneración al Omnipotente Dios, a *Kóoch*.

Cuando la muerte, ya por enfermedad, ya por luchas entre grupos rivales, visitaba la tribu, envolvían el cadáver extendido en grandes pieles y lo ataban con lazos de cuero, transportándolo en seguida a la cima de una colina, donde cavaban la fosa a poca profundidad, siguiendo la forma del cuerpo. Cubierto de tierra, encima se colocaba un montículo de piedras.

Los gigantes *aonikenk*, a quienes arbitrariamente llamaron *patagones* y luego *tehuelches*, no existen ya en la Patagonia austral chilena. A través de los siglos y desde el primitivo Hombre de Fell, que en los albores habitó esas vastas planicies, tuvieron muchos antepasados cuyos restos recién se están descubriendo y estudiando. El último grupo en tierra chilena, el del Cacique Mulato, corrido a fines del siglo XIX de sus cotos de caza por los ganaderos magallánicos, obtuvo del Gobierno chileno una reserva en el valle del río Zurdo, en donde residió pacíficamente hasta 1907, fecha en que una epidemia de viruela prácticamente exterminó el grupo, alejándose los sobrevivientes hacia territorio argentino.